

## Retiro, 27 de mayo en Tarrés. El buen Samaritano (Lucas 10, 25-37)

Interpelados por las palabras del padre Lluís Planas, el grupo de servicio de la Comunidad de Jesús, preparamos unas reflexiones sobre esta parábola. Las compartimos al resto de hermanas y hermanos de Comunidad, y alimentamos así lo que sería un retiro de silencio alrededor de la zona de los ermitorios de Tarrés.

Dividimos el texto del evangelio en cuatro momentos, a partir de unos dibujos de las Hermanitas de Jesús. Quico, los había coloreado previamente con las tonalidades de los almendros en primavera; así permanecieron expuestos en la ermita de la Santa Cruz durante todo el retiro. Cada imagen fue objeto de reflexión.

### Imagen primera

— *Maestro, ¿qué debo hacer para **poseer** la vida eterna?* La pregunta explicita dos anhelos siempre latentes en nosotros: tener, poseer, heredar, alcanzar, asegurar; perpetuarnos, rehuir la finitud.

El maestro de la ley **sabe** la respuesta a la pregunta, la **dice** perfectamente: *Ama (...) y ama (...)* Jesús le corrobora: **Haz eso y tendrás la vida** [no añades ningún adverbio -como p. ej. *eterna*].

— *¿Y quién es mi prójimo?* El maestro de la ley **sabe** también la respuesta. Pero, como decía Toni Català: la mayor distancia entre dos puntos es la que va de la cabeza al corazón.

La parábola no necesita gran **explicación**, sólo pide **implicación**, tomar partido.

- Cuando pregunto "¿Quién es mi prójimo?", es porque, en el fondo, creo que hay alguien que lo es, y hay quien no lo es. Si no, ¡no haría la pregunta! ¿El prójimo, lo es en función de las circunstancias? ¡Qué lejos queda eso de lo del amor universal!
- Si ayudo al miserable cumplo con la ley, pero no me implico en la situación del otro. *Lo hago "por amor a dios"*. Ésta es la trampa. ¡El otro no tiene cara, ni tiene nombre! Y, si un caso lo tiene, no puedo evitar aproximarme a él desde una disimulada 'superioridad'.
- Estamos equivocados al pensar que el prójimo lo puedo determinar yo. De hecho, según Jesús, según la parábola, el prójimo nos viene impuesto. Lo que ya es decisión mía, decisión libre, es hacerlo invisible, ignorarlo...
- La ayuda al otro no es una posibilidad que se me ofrece, es una necesidad que tengo, insoslayable. Si puedo programar al prójimo para una hora concreta, pero rechazo instintivamente a aquel que se me impone sin mi consentimiento, alguna tarea en mí está inacabada.
- Sobre la cuestión del prójimo no se teoriza. Con el prójimo se actúa y no para conseguir la vida eterna, sino para recuperar su dignidad, y la mía.
- Siempre que doy un rodeo para pasar de largo ante el dolor ajeno, me estoy alejando de mí mismo y de Dios. La salvación o plenitud humana pasa por reconocer mi dignidad y la dignidad de quien tengo al lado, no porque hacer el bien me vaya a "salvar" sino porque es **mi** hermano, hermana, y nos "salvaremos" juntos.

El Dios que descubro en mí, es el mismo que debo descubrir en los demás. Si creo que soy un organismo autónomo, veré al otro como algo diferente de mí, que me estorba, y no encontraré motivos para amarlo. No soy una individualidad aislada, de existencia y consistencia propia. Yo, separado del creador y de las demás criaturas, no soy nada.

Lo que constituye mi ser, y lo que constituye el ser de los demás, es la misma Realidad, Dios, que está fundamentando mi propio ser y el de los demás. Por tanto, no puedo dejar de ir a favor de los demás sin, al mismo tiempo, dejar de ir a favor mío. No puedo ir en contra del otro sin ir en contra mío.

*Un hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó fue asaltado por unos bandoleros. Le quitaron hasta la ropa que llevaba puesta, le golpearon y se fueron dejándole medio muerto.*

Primer acercamiento:

¿Alguna vez te has sentido "asaltado"?, ¿herido?, ¿despreciado?, ¿aparcado al margen del camino?, ¿desnudo de tu dignidad?

Recupera el momento, reconstruye el escenario, los personajes que intervinieron, trata de recordar los sentimientos que tuviste. ¿Te dejaron como medio muerto?

#### Segundo acercamiento:

¿Quiénes son los bandoleros? Tratemos de ser empáticos con ellos, lo más posible. ¡Intentemos reconocernos!

¿Nunca hemos puesto alguna etiqueta a un hermano o hermana?, ¿nunca hemos sido burlones con una compañera, un vecino, un familiar? ¿Sólo era 'humor e ingenio'? ¿Nunca hemos desnudado al otro y no lo hemos apaleado con nuestra contundencia?, ¿con nuestra 'cátedra'? ¿No hemos desacreditado?, ¿no hemos murmurado hasta hacer daño?

Quizás no. ¿Nosotros?, ¡no! Bajemos, pues, el nivel:

¿No hemos "acompañado" estos hechos anteriores?, ¿no hemos sido espectadores cómplices?, ¿no le hemos reído las gracias al criticón?, ¿no hemos sido nunca acólitos del bandolero más potente y agridulce?

### **Imagen segunda**

El sacerdote y el levita pasaron por allí y vieron al hombre malherido. Los sacerdotes judíos lo eran por el hecho de nacer en una familia sacerdotal; no por vocación. Debían vivir en un estado elevado de pureza y no tocar enfermos, sangrados, o tener contacto con muertos. Eran muy rigurosos y escrupulosos con estos ritos. Si hubiera tocado a aquel herido, habría quedado impuro y no podría celebrar la liturgia. Lo mismo ocurre con el levita. Un levita sería parecido a la figura de un sacristán: para organizar cantos, celebraciones litúrgicas, asistir a los sacerdotes. También lo eran por pertenecer a los descendientes de la tribu de Leví.

Hay un detalle que no podemos ignorar: el sacerdote y el levita eran personas religiosas, se dedicaban a dar culto a Dios. Este detalle no es menor, es un toque de atención para nosotros. Indica que creer en Dios no garantiza vivir como Dios le gusta. Una persona de fe puede no ser fiel a todo lo que esa misma fe le reclama y, sin embargo, puede sentirse cerca de Dios. Pero hay formas de vivir la fe que facilitan la apertura de corazón a los hermanos, y ésta será la garantía de una auténtica apertura a Dios.

Al ver al herido, ambos cierran los ojos y el corazón. Para ellos es como si ese hombre no existiera; no miran los ojos de aquel hombre herido, y, por tanto, no ven su rostro, y así lo convierten en esclavo.

La preocupación del sacerdote y el levita no son quienes sufren. La hospitalidad no es sencilla, es necesario tomar distancia de nuestras propias necesidades, preocupaciones y tensiones. Es necesario tomar distancia de nosotros mismos para atender a los demás. Todo esto implica exigencias profundas y serias.

Y es que pasar de conocer a amar no es sencillo. El sacerdote y el levita ven, pero ignoran; miran, pero no proveen. Ignorar el sufrimiento del hombre, ¿qué significa? ¡Quiere decir ignorar a Dios! Si yo no me acerco, si yo no acojo a ese hombre, a esa mujer, a ese niño, a ese anciano que sufren, no me acerco a Dios. Habrá que acoger, aunque a veces no entendamos demasiado el porqué del otro.

En los que pasan de largo, el sacerdote y el levita, vemos una peligrosa indiferencia al no detenerse. Una indiferencia, inocente o no, resultado del desprecio o de una triste distracción. Esta indiferencia hace del sacerdote y del levita un triste reflejo de la distancia que nos aísla, que nos separa de la realidad. Hay muchas formas de pasar de largo que se complementan: una es replegarse sobre sí mismo, desentenderse de los demás, que nos sean indiferentes. Otra sería mirar sólo hacia afuera, así no podemos ver a quienes sufren, porque están fuera de nuestro horizonte de intereses.

Siempre que damos una vuelta para pasar de largo ante el dolor ajeno, nos alejamos de nosotros mismos y de Dios. Cuando dicen o decimos "todo está mal", muchas veces la respuesta

es "nadie puede arreglarlo", "¿qué puedo hacer yo?", pasamos de largo. De esta manera aumenta el desencanto y la desesperanza a nuestro alrededor. El sacerdote y el levita vieron al hombre malherido, pero no se compadecieron ni conmocionaron. ¿Y nosotros?

### Imagen tercera

Mírame, compadécete de mí, hazme generosa para acercarme, salir del camino, amar, servir sin esperar nada a cambio.

Una posible mirada a la parábola es releerla y contar la cantidad de verbos, de acciones que aparecen en tan pocas líneas... En esta tercera imagen:

- Lo vio:

En el libro del Éxodo encontramos: "Dios miró a los israelitas y se hizo cargo de su situación"; o en otras versiones: "Y Dios contempló a los israelitas y se les dio a conocer" (Ex 2, 23-5).

- Se compadeció:

Si releemos el evangelio de Lucas, es lo que hace Jesús con la viuda de Naín que acaba de perder a su hijo único (Lucas 7,12). Y en Lucas 15,20 el padre del hijo pródigo.

El corazón del samaritano se llena de compasión; esta compasión le mueve, le lleva a la misericordia que Dios tiene a los hombres...

- Se acercó:

La única manera de hacer algo por los demás es "saliendo" de nuestro camino, saliendo de nosotros... La forma "se acercó" lo cambia todo, por el hombre y por el samaritano. Y marca la diferencia con los otros dos personajes. Leemos de Adela Cortina: "Hay una obligación (observemos obligación) más profunda que la del deber. Hay una obligación que nace cuando descubrimos que estamos atados unos con otros; por eso estamos mutuamente obligados, porque los demás son para nosotros "carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre". El descubrimiento de este vínculo misterioso lleva a compartir lo que no se puede exigir como un derecho ni puede darse como un deber. Porque entra en el amplio camino de la gratuidad".

- "Le curó las heridas con aceite y vino y se las vendó":

El padre Lluís Planas nos decía que "El vino pica, pero desinfecta. El aceite alivia, cierto, suaviza el ardor de las heridas". ¿Qué necesita el otro? Ayudar no es fácil. ¿Qué tengo?, ¿qué puedo dar? ¿Qué espera el otro?, ¿qué le ha pasado?, ¿de qué teme? ¿Y yo?, ¿veo?, ¿escucho al que está al borde del camino?

- El samaritano se descalza al margen del camino reconociendo que pisa terreno sagrado, en el que el Dios de la vida se revela en el destino de los más últimos: los olvidados, los crucificados. Cristo está vivo en cada uno de ellos: en los apaleados, en los pobres, en las víctimas de las guerras, en el joven que no tiene rumbo, en los que sobreviven en la calle; en todos los que están a la orilla del camino.

### Imagen cuarta

Las reflexiones del periodista y sacerdote Josetxu Vera bajo el título ***Siempre aprendiendo, más allá de las convicciones religiosas***, me han estimulado a compartir con vosotros algunos de los párrafos de este artículo. Recoge del Papa la invitación a arrojar luz con esta parábola del *Buen samaritano*, donde **el prójimo es todo aquel que necesita de nosotros**.

Hoy Jesús nos sigue diciendo que debemos hacer lo mismo con los hombres de nuestro tiempo y ser mejores samaritanos, porque cada vez hay más heridos en este mundo. Hoy nos enfrentamos con la opción de ser buenos samaritanos o ser uno de los que pasaron de largo de ese herido. Podemos ser también el hostelero que se hace cargo a medio plazo del herido.

Todos estamos concentrados en nuestras necesidades y problemas, por lo que ver sufrir a alguien nos perturba, nos pone preguntas. No queremos perder nuestro tiempo por culpa de los

problemas ajenos. Pero el buen samaritano es el modelo. No podemos construirnos de espaldas al dolor. Debemos seguir el ejemplo del buen samaritano. La existencia de cada uno de nosotros está vinculada al entorno que tenemos cerca.

La misión es infinita, pero por eso Francisco nos invita a ser de los de abajo e ir uno a uno. Pugnar por lo más concreto, lo más local hasta el último rincón del planeta. En ocasiones las grandes discusiones multinacionales no llevan a conclusiones concretas, mientras que el de al lado sufre. Falta un lugar donde poner a esta persona, tener instituciones que la acojan, que hagan de **posada** de la parábola.

Todas las vidas están ligadas a las personas que tenemos cerca. ¿Cómo se hace esto? ¿Cómo podemos buscar a los demás de uno en uno y estar a su lado? Se trata de que el 'nosotros' sea más fuerte que la suma de las individualidades. El Papa nos invita a hacer cada uno lo que puede, y que se vayan sumando otros que nos hagan más solidarios.

Para vivir la caridad y la fraternidad, el 'nosotros' debe ser más fuerte que la individualidad. La generosidad no es esperar a un beneficio o reconocimiento. Al buen samaritano lo que le mueve es su conciencia...

Todos tenemos una responsabilidad sobre las personas heridas. La persona de la parábola a veces no es una sola persona, puede ser un pueblo entero, puede ser cualquier grupo de personas que se sientan apartadas por la desidia social o política.

La historia del buen samaritano es antigua, ya pertenece a la sabiduría popular... Jesús confía en lo mejor del espíritu humano y que cada uno haga mejor las cosas.

Josep, Mercè, Imma y Joan

Nota: Algunas reflexiones están inspiradas en determinados textos, entre ellos de Rosario Ramos y Fray Marcos.